

INTRODUCCIÓN

Los críticos no se ponen de acuerdo sobre la fecha de inicio de lo que se ha llamado la Edad de Plata de la cultura española. Para algunos comienza en 1868, con la Revolución Gloriosa; para otros es a mediados de la década de los años ochenta, con la publicación de *Fortunata y Jacinta* (1887) y *La Regenta* (1884-1885), y, por último, otros sitúan la fecha en 1902, año en que llegaron a las librerías varios libros fundamentales en la literatura española, como *Sonata de otoño*, de Ramón del Valle-Inclán; *La voluntad*, de Azorín; *Amor y pedagogía*, de Miguel de Unamuno, y *Camino de perfección*, de Pío Baroja. En lo que sí están de acuerdo los críticos es en que hubo un periodo de tiempo en España, que va desde finales del siglo XIX hasta el estallido de la Guerra Civil, en el que se vivió una época de esplendor en el ámbito cultural y científico. Son muchos los escritores, pintores, artistas y científicos que durante esos años produjeron una obra de gran interés que situó a España a la vanguardia artística y también científica. En ese espacio de tiempo se sucedieron tres generaciones de literatos e intelectuales, la del 98, la del 14 y la del 27.

Todos estos avances no se producen de la nada, sino que se sustentan en la educación, sólida base que es la que permite que los cambios se asienten en la sociedad. A lo largo del siglo XIX, la educación secundaria y universitaria experimenta diferentes transformaciones que buscan mejorar la formación de la sociedad y preparar a los ciudadanos para las necesidades del país. En mu-

chas ocasiones estos cambios están en consonancia con las nuevas doctrinas científicas que surgen en Europa y que, de una forma u otra, llegan a España. Así sucede con la lengua y la literatura.

La enseñanza de la lengua siempre se ha planteado, sobre todo en el siglo XIX, como el método que ofrece a los jóvenes el dominio del discurso. Quien supiera expresarse de forma convincente y atractiva tenía abiertas las puertas para triunfar en la sociedad decimonónica. Esa era la misión principal de las clases de Lengua y Literatura, tanto en el bachillerato como en la universidad. Se le ofrecían al alumno los recursos necesarios para argumentar y defender sus ideas. Se inspiraban esas clases en la vieja retórica griega y latina, de tal forma que el estudiante memorizaba recursos retóricos que después ponía en práctica en sus exámenes y en las constantes traducciones que hacían de autores grecolatinos. La literatura, por su parte, era el vehículo propicio para transmitir a los jóvenes los ideales cristianos, que se recogían en una serie de obras o fragmentos seleccionados con la intención de enseñar al alumno la moral correcta.

A medida que el siglo avanza, las nuevas corrientes lingüísticas empiezan a llegar a España y las reformas que proponen afectan tanto al estudio de la lengua y la literatura como a su enseñanza. La supremacía de que gozaban en las aulas la cultura y lengua griega y latina decae en favor de la enseñanza de la lengua propia. No interesa que el alumno aprenda la vieja retórica para expresarse con corrección, que en la mayoría de los casos carecía de contenido alguno, sino que sea capaz de dominar su propia lengua, de conocer sus estructuras, su proceso de formación, su evolución histórica. De esta forma, el estudiante ya no se siente constreñido a una serie de viejos recursos poéticos y retóricos, sino que es capaz de dominar la lengua, y se pone a su disposición la capacidad para crear su propio discurso y adaptarlo al contenido que pretende transmitir. También en la enseñanza de la literatura se produjeron transformaciones relevantes. Deja de interesar su carácter de modelo moral y de ejemplo a imitar que se había otorgado a la grecolatina, y se acude a ella como arte que es. Se fomenta la enseñanza de su carácter artístico, y se descubre al alumno su capacidad de deleite, de belleza, de entretenimiento, al tiempo que se le muestra cómo a través de ella puede llegar a comprenderse mejor a sí mismo y la realidad en la que vive. La literatura ya no es un modelo de discursos anquilosados, sino

que gracias a ella se educa la sensibilidad, el descubrimiento de lo bello, la capacidad crítica del estudiante.

Como podemos imaginar, no resultó fácil la incorporación de estos cambios; a lo largo de todo el siglo se produjo una tensión constante entre las dos formas de entender la enseñanza de la lengua y la literatura. Un lugar donde estos enfrentamientos se hicieron más evidentes fue la universidad, sobre todo a partir de la creación de la Facultad de Filosofía y Letras. Al igual que sucede en la actualidad, en este caso con el estudio de las Humanidades (y estamos hablando de hace casi doscientos años), muchos eran los que ponían en duda el carácter útil de dicha facultad. Sus argumentos no varían mucho de los que hoy critican su existencia: sus enseñanzas no tenían una utilidad probada, la gran mayoría de los alumnos que salían y salen de sus aulas no encuentran un trabajo en el que poner en práctica lo aprendido. Además, el contenido abstracto de sus enseñanzas colisionaba en muchas ocasiones con la moral cristiana dominante en aquellos momentos, al ofrecer una visión de la humanidad y del universo que contradecía la que la religión llevaba siglos enseñando.

Por otro lado, la Facultad de Filosofía y Letras, y acaso por esta razón también se puso en duda su existencia, fue el lugar donde se acogieron las nuevas doctrinas que la ciencia filológica estaba promulgando. No queremos decir que se les abrieran a estos nuevos postulados las puertas de par en par, al contrario. La incorporación a los planes de estudios de las nuevas realidades lingüísticas y literarias que se estaban descubriendo y la creación de asignaturas que las estudiaran fueron un proceso lento y trabado, con disputas continuas entre los que estaban a favor de estas doctrinas y los que, arraigados en la visión antigua, se oponían.

España se incorporó tarde a los avances que en materia de ciencia venían de Europa. Ya desde principios del siglo XIX, en Alemania principalmente, son varios los lingüistas (Humboldt, los hermanos Schlegel, Bopp, Rask, etc.) que se inspiran en métodos científicos para el estudio de la lengua. Gracias a los análisis histórico-comparativos consiguen establecer la evolución de las lenguas desde sus orígenes y agruparlas en distintas familias. Pero tal vez el avance más relevante que se produjo fue el de considerar a la lengua como su propio objeto de estudio, es decir, que se establece una metodología propia para su investigación y se requiere unos especialistas capaces

de llevarla a cabo. Hasta entonces eran personas que venían del campo de la religión, de la filosofía, de la historia o de la retórica las encargadas de realizar los estudios filológicos. A partir de ese momento, el análisis de la lengua, como se hacía en otras ciencias, se realiza estableciendo una gradación de sus unidades, que van de la oración a la palabra, a la sílaba, y llegan al sonido. Esto facilita el descubrimiento de sus procesos formativos, pero también pone al servicio de los hablantes las herramientas necesarias para conocer sus estructuras internas y disponer de esta forma de elementos suficientes para crear discursos nuevos, para innovar con ellos. Además, establece nuevas formas de comunicarse y de relacionarse, y despierta entre los hablantes la creatividad literaria.

Aunque lo fundamental en los orígenes del estudio científico de las lenguas no fue el establecimiento de sus componentes, sino poder reconstruir su pasado. No es extraño que este interés por la lengua y la literatura se produzca en el centro de Europa y en pleno Romanticismo. Una de las vertientes de la época romántica fue el descubrimiento del nacionalismo: la identificación del hombre con su tierra, con su lugar de origen. La explicación de la historia de una lengua se convierte en un elemento fundamental para establecer esa identidad. De tal manera que la identificación que se produce entre lengua y nación hizo que los Estados fomentaran que sus ciudadanos conocieran su lengua y la sintiera como propia, incluso en territorios menores, y de esta forma desarraigarse del latín y el griego, que seguían contando con gran prestigio, sobre todo en el mundo académico. También la literatura desempeñó un papel fundamental en la construcción de la idea de nación romántica. Se acudió a las primeras manifestaciones literarias para encontrar en ellas unos valores propios con los que identificarse, unos símbolos y unas narraciones comunes. En definitiva, en la literatura se encontraba el imaginario de identidad colectiva que facilitaba la creación de una cohesión social.

Para lograr estos objetivos se puso en marcha el fomento de una industria editorial potente a través de periódicos, revistas y libros, que acercaron al pueblo narraciones con las que identificarse y de las que sentirse orgulloso de formar parte. Esta política editorial también facilitó otro de los factores que posibilitaron que las nuevas corrientes lingüísticas se establecieran en las sociedades europeas. Nos referimos a la divulgación científica. Hasta el siglo XVIII la

ciencia era algo que se hacía en la corte por un grupo reducido de científicos, pero los nuevos Estados burgueses que nacen con la Revolución Industrial se dan cuenta de que la ciencia resulta fundamental en su construcción. De ahí que se democratice, se acerque a los ciudadanos a través de la prensa, de manuales, de traducciones, de la literatura. Sin embargo, fue la creación de un sistema educativo dirigido por el Estado lo que en verdad facilitó ese acercamiento de la ciencia a la población. De esta forma, el científico sale de sus laboratorios y se mezcla con la sociedad, sobre todo a través del mundo académico, poniendo a disposición de los estudiantes sus conocimientos. Los avances en la ciencia crean nuevas realidades que suponen mejoras para la humanidad, esto provoca que se vayan descubriendo ramas específicas del conocimiento que dan lugar a especialistas, quienes profundizan en su estudio, y a la creación de nuevos espacios académicos. Así sucede con la lengua; su estudio se especializa constituyendo nuevas realidades lingüísticas como la fonética, la dialectología, la historia de la lengua, etc., que se incorporan como asignaturas nuevas a los planes de estudios académicos, y forman especialistas dedicados a su conocimiento.

En un momento en el que tanto se pone en duda la utilidad de las humanidades, el análisis de estas preocupaciones a las que nos acabamos de referir muestra cómo una estrategia educativa novedosa y atractiva influye en la construcción de una nación. Esa construcción que ahora se intenta lograr con lo que se conoce como «Marca España» se empezó a crear, pero de una manera más seria, en estos primeros años del siglo xx, pues fueron autores como Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Ramón María del Valle-Inclán, Santiago Ramón y Cajal, José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal, Federico García Lorca, Salvador Dalí, Pablo Picasso, Pedro Salinas, etc., los que colocaron a nuestro país en el mundo. Sus obras no surgieron de la nada, sino que fueron el resultado de que se despertase en ellos, gracias a la educación, una sensibilidad y una capacidad creativa y crítica como hasta entonces no se había hecho en nuestro país.